

Educación es esperanza
Apuntes de la intervención de Davide Proserpi
en el acto de lanzamiento de la campaña Tende AVSI 2024/25

Milán, 16 de octubre de 2024

Buenas noches. En primer lugar, os agradezco muchísimo la invitación, aunque no voy a negar cierto embarazo por tener que intervenir después de los testimonios que hemos escuchado y delante de gente como vosotros, que está “en primera línea” y de la que sé perfectamente que tengo mucho que aprender. Sin embargo, vengo gustoso porque el lema que habéis elegido para la campaña de este año –la esperanza– plantea un tema en el que todo el movimiento de Comunión y Liberación está trabajando desde los Ejercicios de la Fraternidad del pasado abril. Además, precisamente a la esperanza va dedicado el Jubileo que está a punto de empezar. Por tanto, para mí esta es una gran ocasión para profundizar en lo que significa hoy la palabra «esperanza» haciendo un parangón con los proyectos concretos de los que habéis hablado.

El Informe Censis de 2023 usa el término «sonambulismo» para dibujar una Italia desorientada y resignada ante el derrumbe demográfico, la situación económica y los focos de guerra. La sociedad italiana viviría entregada a «deseos menores» y a «placeres de consolación» en una «búsqueda pausada», sin garra. Frente a una situación así, no podemos limitarnos a decir que «todo irá bien», con ese optimismo ingenuo que, después del Covid, ya no convence a nadie. Muchas veces, el dolor o el mal parecen dominarlo todo, como hemos visto por ejemplo en los trágicos sucesos que están marcando estos últimos meses, sobre los cuales el movimiento ha intervenido con un manifiesto de juicio¹. Pero también a un nivel menos dramático, todos notamos que en el afecto, en el trabajo o en la política siempre se vislumbra una promesa que al principio da un cierto empuje, pero luego parece que no se mantiene y todos se repliegan sobre sí mismos. Las dificultades y los límites nos acaban aplastando, y hay que conformarse. Desilusión y tristeza nos paralizan, nos dejan sin esperanza.

Nuestra historia también acabaría así si no hubiera sucedido algo humanamente imprevisible. Yo soy el primero que hoy podría no estar aquí con vosotros hablando de esperanza si no hubiera encontrado unos amigos, una compañía que me ha mostrado que existe una respuesta a nuestro deseo más profundo, pero no se trata de una idea que realizar o una meta que alcanzar: es una Presencia. Tomemos el caso conocido por todos aquí de las mujeres del Meeting Point de Kampala. ¿Por qué estas mujeres han vuelto a tomar las medicinas que hasta un día antes tiraban a la basura, a pesar de ser carísimas y su única oportunidad para seguir con vida? Porque Rose afirmaba el valor de sus vidas, y no lo hacía con palabras sino sobre todo con un amor gratuito hacia ellas, estando a su lado.

¹ «El mal y un amor que salva», *clonline.org*, 17 de septiembre de 2024.

Esas mujeres han recuperado el valor de su vida por una presencia que les testimoniaba la certeza de que vale la pena vivir, que hay un sentido y que ese sentido es bueno. Ese sentido bueno consiste en que hay alguien para quien se ve claramente que el hecho de que existas, el simple hecho de que existas, es un bien, es un valor, hay alguien capaz de amarte gratuitamente. Es algo de otro mundo que entra en este mundo, en el horizonte ordinario de tu vida.

El encuentro con este gran horizonte tiene la fuerza de hacerte notar que esta grandeza es para ti: no solo es posible, sino que es para ti. Entonces empiezas a desear esta grandeza que no posees, que no está a tu alcance, porque es la grandeza de una mirada amorosa que ante todo *recibes*. Esa es la fuerza de un verdadero encuentro: es capaz de cambiar la vida. Pero, como todos los encuentros que tienen la pretensión de ensanchar nuestro horizonte, esta grandeza nos pide un sacrificio: desviar la mirada de nosotros mismos, como solemos hacer, hacia otro.

Como comentaba en la introducción de los Ejercicios de la Fraternidad, siempre he entendido las palabras que Jesús dirige al joven rico («Ve, véndelo todo, déjalo todo y sígueme»)² justamente como un reclamo a la esperanza porque a menudo el gran obstáculo para experimentar una verdadera esperanza en la vida se da cuando ponemos nuestra esperanza en lo que ya poseemos, en nuestras cosas³.

Este es el núcleo del drama –en mi opinión– de este episodio evangélico. «Jesús se quedó mirándolo, lo amó» y le invitó a seguirle, pero cuando le pidió que abandonara sus bienes –es decir, que lo “apostara todo” por la amistad con Cristo– el joven de este episodio evangélico «frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico»⁴.

En este sentido, la cuestión de fondo que hoy se nos plantea es idéntica a la que se le planteaba al joven rico, o a los hebreos ante la destrucción de Jerusalén en tiempos del profeta Jeremías, pues confiaban en sus fuerzas y no creyeron las palabras del profeta⁵. Ellos fueron llamados –citando las palabras de un libro del teólogo Adrien Candiard (que este año ha participado en el Meeting de Rímini)– a una «purificación radical de su esperanza». Análogamente, continúa Candiard, «nuestro tiempo tiene esta misión histórica, difícil y estimulante. Al contrario de muchos que nos han precedido, que pudieron quedar cegados por los logros de su fe, a nosotros ya no nos quedan muchas opciones entre la desesperación ante la catástrofe o la esperanza en Dios. Las demás esperanzas ya no tienen sentido. La única promesa que Dios hace a Jeremías no es el triunfo o el éxito, sino la promesa de su presencia»⁶.

² Cf. Mt 19,21; Mc 10,21.

³ Cf. D. Proserpi, «Saludo introductorio», en *«La esperanza, dice Dios, sí que me asombra»*, p. 7.

⁴ Mc 10,21-22.

⁵ Cf. Jer 26; 37.

⁶ A. Candiard, *La speranza non è ottimismo. Note di fiducia per cristiani disorientati*, EMI, Verona 2021, pp. 60-61.

La cuestión se resume en estos términos: ¿tú dónde pones tu esperanza? ¿En qué apoyas tu existencia? La alternativa radical que Jeremías plantea al pueblo judío en uno de los momentos más duros de su historia es la misma que se nos plantea ahora: confiar o no en la promesa de Dios, que se hacía presente en medio de ellos a través del profeta. Debemos decidir si estamos dispuestos a apostar *todo* por esta Presencia que hoy nos sale al encuentro y nos llama a abrazarla dentro de la Iglesia.

Culturalmente somos hijos de una historia que dura dos siglos y que ha cambiado profundamente la mentalidad humana y nuestra relación con la realidad. Lo habéis testimoniado desde AVSI ante los representantes del G7 que el 1 de octubre se reunieron en el palacio de Caserta para discutir sobre educación⁷, con la intervención de Priscilla Achan, directora del colegio de primaria Luigi Giussani de Kampala. Hija de una de las mujeres del Meeting Point, Priscilla contó delante de todos lo que significó para ella la presencia de sus profesores después de quedarse huérfana de ambos padres. «Los profesores del colegio Luigi Giussani siempre estaban presentes para ayudarme cada vez que lo necesitaba. Me han ayudado a descubrir que, a pesar de las dificultades, la vida merece la pena ser vivida. Nunca me he sentido sola porque estaba rodeada de rostros de personas que me querían de verdad y deseaban verme feliz»⁸.

Podemos entender por qué la educación es tan necesaria. Como decía Giampaolo Silvestri, que intervino también en el G7 y luego en el *Corriere della Sera* afirmando que «solo la educación es capaz de incidir en el [...] destino» de los jóvenes porque «involucra a la persona en su totalidad. [...] Esta educación, fundada sobre la certeza del poder transformador de las relaciones humanas, es la única capaz de generar con el tiempo paz y desarrollo sostenible para todos»⁹.

Antes de concluir, vuelvo a insistir en el nexo profundo entre educación y esperanza, las dos palabras clave que muy oportunamente habéis propuesto como lema de la campaña de este año. Quiero daros las gracias porque nos obliga a todos a fijarnos en lo que monseñor Paccosi nos reclamaba en los Ejercicios de la Fraternidad cuando insistía en la necesidad de una «educación en la esperanza», resumiéndola con estas pocas palabras: «Educar en la esperanza quiere decir mirar a Cristo. No hay otro camino para crecer en la esperanza», es decir, «vivir nuestra pertenencia a Cristo dentro de esta historia que nos ha alcanzado»¹⁰.

Para mí esto es crucial, no solo en mi vida personal sino en la vida de todo el movimiento, y os diré más: esta es la contribución que se nos pide dar en un momento histórico de cambio y de reflexión sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia en el mundo. Pensemos, por ejemplo, en el Sínodo que se está celebrando en Roma.

⁷ G7, *Invertir en el aprendizaje permanente para la creación de empleo y la resiliencia: un diálogo con África*, Palacio de Caserta, 1 de octubre de 2024.

⁸ M. Giacomazzi, «Priscilla, don Giussani y el G7», *clonline.org*, 9 de octubre de 2024.

⁹ G. Silvestri, «Il potere trasformativo dell'educazione», *Corriere della Sera*, 2 de octubre de 2024.

¹⁰ G. Paccosi, «*La esperanza, dice Dios, sí que me asombra*», op. cit., pp. 86, 87.

Esa esperanza que todos necesitan no se puede apoyar en nuestras fuerzas o en un cálculo de probabilidades. Ese no es el significado de la expresión giussaniana «tener en cuenta todos los factores»¹¹, que muchos de nosotros conocen bien. La esperanza, en cambio, se apoya *solo* en la presencia de Cristo, que nos sale al encuentro y nos ama, como amó al joven rico, como amó a Pedro incluso después de su traición, como amó a Zaqueo cuando lo vio subido al sicómoro, como amó a la viuda de Naín al verla desesperada por la muerte de su único hijo y como amó a aquella mujer que todos querían lapidar después de pillarla en flagrante adulterio. Así nos ama Cristo hoy, saliendo a nuestro encuentro allí donde estemos, en Milán, en Kampala o en Líbano, y nos ama tal como somos, con todos nuestros límites. Como decíamos en la Jornada de apertura de curso, retomando el episodio de la samaritana: Cristo desvela el rostro del Padre, que –ciertamente– es Padre y nos ama. Hasta ese momento, se percibía a Dios como un misterio inefable, lejano, mientras que la encarnación da inicio a una historia nueva. Se ha desvelado el rostro amoroso de Dios y el mismo Cristo nos involucra en su misión de testimoniarlo a todos.

«Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad. Hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia», escribe Péguy¹².

Es lo que decíamos al principio de los Ejercicios espirituales de abril, que no debemos dejar de recordarnos. Por esa razón tiene tanto valor el lema de la campaña de este año, y os estoy realmente agradecido por haberlo elegido. De hecho, estando las cosas como están, ¡nuestra respuesta a la llamada de Cristo *coincide* con la contribución que podemos ofrecer al mundo! Como vemos en la respuesta de don Giussani a una *memor Domini* que, precisamente con motivo de la campaña de navidad en la que había participado unos días antes, se había quedado impresionada porque la gente con la que se había encontrado ese día estaba impactada con ella porque comunicaba un «afecto», una «conciencia de dependencia quizás sin ser capaz de expresarlo con palabras». Giussani le respondía así: «Si uno se duerme, si no mantiene despierta su conciencia, si no tiene presente la dependencia que le constituye, su yo es como si no fuera nada; se reduce tan solo a una fuerza de voluntad, a una pretensión voluntarista, a orgullo que trata de imponerse, pero no tiene contenido.

[...] Si tienes conciencia del nexo con Quien te hace, al hablar con los otros comunicas esta conciencia. Por eso al hablar con los demás, no eres tú sola la que hablas con ellos, sois “tú y Otro” los que habláis con ellos. Y los otros sienten la mayor densidad que tiene tu presencia»¹³.

Esta «dependencia que te constituye» es lo que da «mayor densidad» a nuestra presencia, es decir, lo que nos hace ser presencia, para nosotros y para los demás, entablando así relaciones humanas capaces de generar la paz y el desarrollo de los que hablaba Giampaolo. Nuestra única originalidad –

¹¹ Cf. L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 15.

¹² C. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 235.

¹³ L. Giussani, *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, p. 376.

la *única verdadera* “originalidad”, en el sentido propio del término— no es por tanto el resultado de una astuta proyección, sino el fruto del vínculo con una historia. Pero una historia que no está confinada en el pasado sino que continúa y se concreta en el presente en una amistad, una comunión vivida. En el fondo, no se nos pide más que testimoniar a todos la comunión que sostiene nuestra propia vida, como han hecho Priscilla y Giampaolo en Caserta. Mi deseo es que la campaña también sea una ocasión para este testimonio. Gracias.